

CAPÍTULO VII

DE LOS AFECTOS

1. El “ethos” y el “pathos”	89
2. Si es necesario estar conmovido para conmover	91
3. Acerca de la risa	96

CAPÍTULO VII

DE LOS AFECTOS

1. El “ethos” y el “pathos”

El libro sexto de las *Instituciones* enseña sobre los afectos, que impulsando el discurso culminan en la peroración. Según la definición platónica el discurso oratorio es un razonamiento caluroso; y si la diferencia entre dialéctica y retórica se halla en el fin de cada una, el uso de los afectos caracteriza al orador, hábil en pruebas verosímiles, pero muy diestro en mover las pasiones como quiere y conviene.

Los afectos tienen lugar en cualquier parte del discurso, y se esparcen por él como la sangre corre por las venas atravesando todo el cuerpo humano, en el símil de Cicerón. Pero conmover no es faena cómoda, y Quintiliano reconoce que el arte de mover las pasiones no se enseña en ningún libro, y si el orador mediocre realiza bien las partes del discurso debido a la práctica, muy pocos hacen un patético¹.

¹ *Instituciones*, VI, cap. II, 1.

Los sentimientos de dolor y placer, amor y odio, origen de todas las demás pasiones, nos rigen, porque, no siendo el hombre una inteligencia pura, se mueve por razones diferentes de las lógicas. Como dice Pascal: "El corazón tiene sus razones que la razón no conoce". Este aforismo es un principio fundamental de la retórica, que sin él cualquier hombre comprende aquello que escucha, pero no lo siente; entonces, sin estímulo de la voluntad, el orador no logra una conducta; pero él habla para producir una conducta. De todos modos, si el patético no quiere reglas, algunas de ellas no son vanas, y el mismo Quintiliano resume en unos principios su experiencia y la ajena.

Halla dos especies de afectos: la primera es el *pathos* o pasión; la segunda es el *ethos* o costumbre, más bien cierta propiedad de las costumbres, porque se reducen a ella todos los hábitos del alma. Unos afectos, los del *pathos*, son fuertes y vehementes; otros, los de la costumbre, son apacibles; aquéllos arrebatan al hombre; éstos lo mueven con mansedumbre; unos dominan, otros persuaden; los primeros excitan el ánimo; los segundos logran la benevolencia. El *ethos* pide en el orador una manera serena y amable de hablar, como expresión de las costumbres sociales; el *pathos* es el ámbito de los sentimientos de odio, miedo, ira, compasión, propios también de la tragedia.

Aconseja Quintiliano cumplir con las costumbres, distinguiéndose el orador por su carácter bondadoso, dulce, apacible, agradable, y diga de tal manera que descubra su propia índole, perdone, aconseje, sufra

sin ira. “De distinta manera se pinta la naturaleza y costumbres cuando un anciano sufre la injuria de un joven, o un hombre condecorado es injuriado de palabra por otro de inferior condición. Al segundo debemos pintarle fuertemente indignado, al primero, resentido”.

Hábil es la conducta de quien cede ante la prepotencia del adversario: “Contribuye para excitar el odio contra nuestro contrario el ceder y rendirnos a su prepotencia, que es darle en cara tácitamente con su desenfrenado poder; pues en el hecho de rendirnos damos a entender que su poder es excesivo. Quienes desean maldecir y afectan ser libres en hablar, no saben que pueden más la envidia y el odio que una injuria de palabra, porque aquéllos hacen odioso al adversario, ésta a nosotros mismos, que la decimos”².

2. Si es necesario estar conmovido para conmover

Quintiliano enseña otro precepto, el principal según él, para mover los ánimos, que manda que estemos movidos primero. “Por donde si queremos hablar con verosimilitud, hemos de parecernos en los afectos a los que sienten de veras, y que hablamos con aquella viveza de sentimientos de que queremos se revista el juez. ¿Cómo se dolerá éste si ve que yo no me duele? ¿Cómo se irritará si no se irrita el orador que pretende excitar en aquél esta pasión? ¿O cómo llorará

² *Instituciones*, VI, cap. 11, 2.

si lo ve muy sereno? No puede ser; porque ninguno se abrasa sino con el fuego, ni se ablanda sino con las lágrimas, ni alguien puede dar el color que no tiene. Primeramente, pues, debemos movernos nosotros y sentir compasión si queremos que se mueva el juez”³.

Quintiliano da el mencionado precepto como resultado de su experiencia y cuidado; pero antes de él Horacio había dicho: “Si quieres que salten las lágrimas de mis ojos, llora tú primero, y entonces me conmoverán tus infortunios”⁴; y Cicerón recomienda el mismo precepto⁵.

Este principio requiere una aclaración, pues no basta estar conmovido para conmover. Es necesaria una previa disciplina mental y emocional del orador, cuyo dominio de sí mismo hace posible el patético irresistible. Si el lenguaje es torpe, vulgar; si hay desborde de la emoción; si faltan las mínimas exigencias de la elocución, difícilmente persuadirá el hombre conmovido. No se diga que el hombre conmovido halla el lenguaje apropiado, porque éste reconoce una educación de la palabra. Pero cabe preguntar si además precisan estar conmovidos para conmover los oradores y comediantes. En cuanto a mí, juzgo dudoso que sea real la emoción de los experimentados, pues algunos ejemplos son favorables al mencionado precepto, y otros parecen adversos. Diderot sostiene que sólo el hombre capaz de dominarse dispone de

³ *Instituciones*, VI, cap. II, 3.

⁴ *Arte poética o Epístola a los Pisones*.

⁵ *Del orador*, libro 2, nº 189.

nosotros, no el hombre apasionado. Los grandes actores observan, estudian, pintan; no es su corazón, es su cabeza la que lo hace todo. La sensibilidad supone siempre flaqueza. “La extrema sensibilidad —escribe Diderot— hace actores medianos; la sensibilidad media hace la multitud de actores malos; únicamente la carencia absoluta de sensibilidad produce actores sublimes. Las lágrimas del comediante bajan de su cerebro, las del hombre sensible suben de su corazón: lo que perturba la cabeza del hombre sensible son las entrañas; lo que produce a veces perturbación pasajera en las entrañas del comediante, es su cabeza; llora como el sacerdote incrédulo que predica la Pasión; como el seductor de rodiillas delante de una mujer a quien no ama, pero pretende seducir; como el mendigo en la calle o a la puerta de una iglesia, que os injuria si no logra ablandaros; como la cortesana, que no siente nada y se desmaya en vuestros brazos”⁶.

Yo he leído sobre comediantes que no sentían emoción alguna cuando representaban a un personaje conmovido, y también escuché las experiencias de otros comediantes y oradores cuyo dominio de su arte les mantenía fríos en el momento de representar o hablar ante el auditorio. Pero Quintiliano, como se ve, es contrario a la tesis de Diderot. En el tribunal y la escuela se debe hablar con calor, poniéndose en lugar de su personaje, porque tal procedimiento es el único para mover los ánimos, como lo ha visto en los

⁶ Diderot, *Paradoja sobre el comediante*.

comediantes, quienes después de haber representado una escena triste, quitada la máscara salían llorando.

Pero ¿cómo nos movemos? Nos movemos por la imaginación o fantasía, por la representación viva de las cosas ausentes, de tal modo que nos parece tenerlas a la vista. Quien pudiere tener imágenes o representaciones de esas cosas, quien poseyere rica imaginación y fantasía, expresándolas manejaría bien los afectos, dando la impresión de que son reales las cosas.

Este pasaje ilustra sobre el poder de la fantasía y las imágenes, medios de la persuasión. A la manera de los grandes oradores que usaron la imagen generadora del patético, es necesario representarse la cosa como sucedió. Entonces, quienes escuchan verán que no fingimos. Si bien el orador no debe exagerar en la expresión de los afectos, Quintiliano quiere que juzguemos verdadero este pasaje de las *Instituciones*: “No debía omitir estas reflexiones, las cuales (cualquiera que sea o haya sido mi habilidad, pues creo que no me han tenido por lerdo), me aprovecharon tanto para moverme a mí mismo, que no solamente me sacaron lágrimas de los ojos, sino que hicieron salir al rostro la palidez y sentimiento con harta verosimilitud”⁷.

Revivir, imaginar, expresar con cierto énfasis, conviene cuando se prepara el discurso, porque se acumulan cargas emotivas para emplearlas con opor-

⁷ *Instituciones*, VI, cap. II, 3 *in fine*.

tunidad; pero el acto de perorar excluye cualquier demasía de los afectos. La representación de los sucesos en los términos de Quintiliano requiere esa inspiración y sensibilidad que se hacen más ricas en la relación con los hombres y cosas, motivos de creación para las almas no vulgares. En los momentos precisos toda una elaboración de años viene en su ayuda, produce la evocación decisiva. Tal el caso de Mirabeau en la Asamblea, por citar uno de los más célebres que ilustran sobre la capacidad de imaginar y revivir propia de los oradores.

Un diputado, recordando que Luis XIV había prometido no tolerar jamás el culto protestante, exigía la ejecución de esta promesa. “Mirabeau —dice Luis Barthou al referir este suceso— se levanta para protestar contra semejante acto despótico, que no puede servir de modelo a los representantes de un pueblo libre. Después, con acento magnífico: ‘Puesto que se permiten las citas históricas en la materia que nos ocupa, yo no haré más que una. Recordad, señores, que desde aquí, desde esta misma tribuna en la que yo hablo, veo la ventana del palacio desde la cual los facciosos, prefiriendo los intereses temporales a los más sacros de la religión, hicieron salir de un rey de los franceses, flojo, el arcabuzazo fatal que daba la señal de la San Bartolomé’. Al principio, estupefacta y como aterrada, la Asamblea se recoge en un profundo silencio, pero luego los aplausos y aclamaciones se levantan alrededor de Mirabeau, estremecido todavía. Aquel fue uno de sus más grandes triunfos. Algún

día después, como Roederer, al felicitarle, le observó que había exagerado, pues desde la tribuna no se podía ver el Louvre: 'Usted me hace pensar —respondió Mirabeau—. En ese momento de inspiración, eso que dije yo lo vi' ”⁸.

3. Acerca de la risa

También Quintiliano habla de la risa, necesaria para variar los afectos, pues los tristes y continuos abruman, y las razones unas sobre otras cansan la mente. Cuando el orador pasa de los afectos tristes a los alegres, de éstos a los tristes, da mucho movimiento a su discurso, y ello gusta a los auditorios. Pero mover a la risa es una de las hazañas del orador, un raro talento. “Cuánta sea la dificultad para excitar la risa —escribe— lo dan a entender las lumbreras de la elocuencia griega y romana, Demóstenes y Cicerón. De los cuales el uno, en sentir de los demás, no tenía habilidad para ello, y el segundo no guardó moderación. No podemos atribuirlo en Demóstenes a la falta de voluntad. Las palabras medidas y en nada correspondientes a las demás suyas, manifiestamente dan a entender, no que le desagradaban las chanzas, sino que no tenía talento para ello. Cicerón, no solamente fuera de las causas forenses, pero aun en las oraciones, afectó con demasía el hacer reír, como quieren algunos”⁹.

⁸ Barthou, L., *Mirabeau*, París, Hachette, 1913, p. 314.

⁹ *Instituciones*, VI, cap. III.

La gran dificultad de excitar la risa se halla en que no deben usarse chanzas propias de chocarrero ni proceder con bajeza, con burla y remedo de otros. Como dice Quintiliano, la chocarrería y gracia de los cómicos son muy ajenas al orador. Tampoco usará chistes lascivos, menos con el ademán, ni hará el gracioso en causas atroces. Eliminará chistes y agudezas que descubran descaro y arrogancia, chanzas contra los miserables, por ser expresión de inhumanidad. Bromas que ofenden al común de las gentes, a naciones o condición de personas, difícilmente provocan la risa, y cuando la provocan disminuye la fama del orador. El debe someterse a la regla más útil en esta materia, por la cual es preferible perder el chiste que la autoridad.

Sirve muchas veces la risa para desvanecer el odio y la ira, pues lo que no logra un poderoso argumento lo puede a veces la risa, que aleja, no siempre por breve tiempo, toda emoción adversa a la conciliación o el acuerdo. Habiendo Pirro llamado a su presencia a unos jóvenes que habían hablado mal de él, expuesto el cargo de lo hablado, no pudiendo negarlo ni dar excusa, uno de ellos dijo: "Así es, oh rey; y a no habérsenos acabado el vino tan pronto, te hubiéramos quitado la vida con nuestras maldiciones". Con ello libró del castigo a todos sus compañeros.

A pesar de algunos ejemplos y consejos, para Quintiliano provocar la risa es tarea difícil, y casi siempre en vano es recorrer los medios para ello.

Como en esta parte las reglas poco valen, vayamos, pues, a las relaciones con quienes poseen ese don en las lides oratorias; recibamos la gracia del chistoso que hace grata la vida cuando no prodiga sus chistes. Se aprende de ellos si uno sabe reír y no lo impide una índole seria, de poca simpatía. “Hay muchos que son decisores en las conversaciones y en los convites, pero esto lo aprendieron del trato diario. El ser tan raros los oradores chistosos nace de que en la oratoria no hay reglas que enseñan a usar el chiste, valiéndose para ello de los que usamos en la conversación diaria”¹⁰.

¹⁰ *Instituciones*, VI, cap. III, 3.